



V

**CU**ANDO el poeta anglo-americano Longfellow publicó su poema indio *The song of Hiawatha* era yo estudiante en Inglaterra y cursaba precisamente la clase de Poética. Se leyó con extraordinaria avidez y los jóvenes de entonces lo aplaudieron con frenesí. No fuí yo, por cierto, una excepción; y en las composiciones poéticas que por deber me tocaba presentar cada semana, me complacía en mezclar á las rimas Inglesas los nombres mejicanos más estrambóticos. Debo confesar que ni maestros ni condiscípulos tomaron tales coplas á lo serio; pero mi gusto persistió al regresar al país, según he referido. Leí con avidez «Las Aztecas» de Pesado. De Roa sólo había salido á luz, hasta entonces, en este género, *La danza de los Indios*; y la aprendí de memoria. Si ya entonces hubieran visto la luz pública *La Princesa Papantzin* y las demás Leyendas Mejicanas, es probable que hubiera sido su ferviente admirador.

Pero antes que salieran de su pluma modificó mi gusto quien menos se pudiera creer: el noble indígena Don Faustino Chimalpopoca, descendiente del tercer rey de Méjico. Era catedrático de idioma mejicano en la Universidad y fuí uno de sus discípulos. El nos inició en los misterios del idioma azteca; y guiándonos por sendas, en que no habríamos podido aventurarnos solos, nos hizo ver cuán diferentes de los cantos originales eran los que á Netzahualcóyotl y otros poetas indígenas se atribuían. Más tarde, otro sabio anticuario, Don Joaquín García Icazbalceta, acabó de hacerme escéptico en todo lo relativo á las letras, artes y grandezas de los primitivos habitantes de Méjico. Por último, dos insignes críticos, español el uno, colombiano el otro, me hicieron perder totalmente el gusto por lo que se ha llamado *leyenda americana* ó en especial *mejicana*. He aquí lo que Menéndez Pelayo escribía al mismo Roa Bárcena en 1890: «Volviendo á las «Leyendas» diré á Vd. que conocía tan sólo las dos reimpresas por Caro en Colombia, y que ahora he vuelto á saborearlas, y las tengo por las mejores. En las de asunto azteca, que ahora por primera vez he leído, no hay menos facilidad y gracia narrativa, y hay acaso más poesía de estilo y más lujo y pompa en las descripciones; pero tienen algo de exótico é interesan menos. A lo cual contribuye quizá la rareza y áspera estructura de los nombres indígenas, y la falta de relación de las tradiciones y creencias de



aquellos pueblos con todo lo que vino después de la conquista. De donde resulta, que siendo igual en unos y en otros asuntos la habilidad del poeta, y quizá superior en lo más difícil, es poesía menos humana y simpática la de carácter indio, á no ser en *La Princesa Papantzin*, que tiene cierta grandiosidad profética.»

Por su parte así se expresa Don Miguel Antonio Caro en el discurso preliminar á las poesías escogidas de Roa Bárcena publicadas en Bogotá en 1882:

«Hay que confesar que estos asuntos, de épocas anteriores á la conquista, no tienen de nacionales para nosotros sino el lugar donde se verificaron los sucesos, que es el mismo suelo americano que habitamos; y que aquellos personajes, cuyos nombres mismos tienen para nuestros oídos castellanos un sonido extraño, no nos interesan por motivos de raza ó de tradición, sino por otras circunstancias por donde pudieran interesar á lectores europeos, y como á nosotros mismos pueden interesarnos cualesquiera otros personajes extranjeros, célebres por su dramática vida ó su muerte trágica.....»

«Ya en Méjico, y antes que el Señor Roa Bárcena, habíanse ensayado en la narrativa de asuntos indígenas, el célebre Pesado, Ortega y Rodríguez Galván, con éxito vario, *pero nunca brillante*, dígase lo que se quiera de *Las Aztecas* del primero.»

Me he extendido en las citas de estos insignes críticos, para que me sirvan de excusa si juzgo con seve-

ridad excesiva las *Leyendas Mejicanas*, sin exceptuar aun *La Princesa Papantzin*. Básase ésta en la tradición (si así podemos llamarla) que nos han conservado Torquemada, Betancourt, Boturini y Clavijero, algún tanto alterada por el penúltimo. Se me figura que Roa siguió á Clavijero, como veremos comparando algunos pasajes del uno y del otro.

#### NARRACION DE PAPANTZIN.

«No bien perdí la vida, ó, si increíble  
Os pareciera aquesto, fui privada  
De razón, y al dolor quedó insensible  
El cuerpo, de mi espíritu morada,  
Por el aire con ímpetu terrible  
He sido á llano inmenso transportada;  
Llano sin cavidad, choza ni monte,  
Ni más límite y fin que el horizonte.

Apenas quedé muerta, ó si no  
queréis creer que haya fallecido,  
apenas quedé privada del movi-  
miento y de los sentidos, me en-  
contré de improviso en una exten-  
sa llanura de que no se veía límite  
por ningún lado.

«En el centro hay camino, dividido  
En diferentes sendas tortuosas,  
Y cerca un río va, que con bramido  
Ronco, sus aguas lleva cenagosas.  
A la contraria margen me decido,  
Como cediendo á fuerzas misteriosas  
Que me impelían, á pasar á nado,  
Cuando gallardo joven vi á mi lado.

En medio de ella, observé un ca-  
mino que luego vi dividirse en va-  
rios senderos; y de un lado corría  
un gran río, cuyas aguas hacían  
un ruido espantoso; y queriendo  
yo arrojarme al río para pasar á  
nado á la ribera opuesta, vi delan-  
te de mí á un hermoso joven de

«Bella la faz y grande la estatura,  
Cual la nieve que manchas no consiente  
Era blanca su larga vestidura  
Y como el claro sol resplandeciente.  
Dos alas, y ceñida la cintura  
Lleva, y esta señal le ví en la frente:  
(Diciendo así, con arte peregrino  
Su diestra, de la Cruz, formaba el sino).

buena estatura, vestido con un há-  
bito largo, blanco como la nieve y  
resplandeciente como el sol, ador-  
nado con alas de bellas plumas, y  
llevando en la frente esta señal: (al  
decir esto, la Princesa fornió con  
los dos primeros dedos la señal de  
la Cruz).



«Mi corazón latió con más sosiego  
En presencia de tales maravillas;  
Llevóme de la mano el joven luego  
A visitar del río las orillas:  
Ví huesos calcinados por el fuego  
Y rotas calaveras amarillas;  
Oí gemidos de dolor y espanto  
Que inspiran compasión, mueven á llanto.»

«Del río al ancho cauce me convierto,  
Y unos barcos en él, grandes y raros,  
Con gentes cuyo traje y faz no acierto  
Por lo extraños que son, á descifraros,  
Ví acercarse á las márgenes, y advierto  
De su intención hostil signos muy claros:  
Hace brillar el sol por todas partes  
Yelmos y escudos, armas y estandartes.»

Me condujo luego á lo largo del  
río, en cuya ribera ví muchísimos  
cráneos humanos y osamentas, y  
oí gemidos tan lastimeros que me  
movieron á compasión.

Volviendo los ojos al río, ví ha-  
cia arriba algunas barcas grandes,  
y en ellas ciertos hombres de color  
y traje muy diversos de los nues-  
tros. Eran blancos y barbudos, y  
llevaban estandartes en la mano y  
yelmos en la cabeza.»

Por estas citas, y otras que pudiéramos añadir, se ve que el poeta se limitó á poner en renglones medidos y rimados la prosa de Clavijero, sin añadir á la leyenda rasgo alguno de su propia inspiración. De aquí resulta, que á pesar de los milagros de artificio métrico y la excelencia de la rima, el éxito no correspondió á los esfuerzos del vate. Hay escritos que en prosa parecen poéticos; pero que puestos en verso degeneran en prosaicos. A este género pertenece la epístola de San Ignacio Mártir á los Romanos, redactada nada menos que en la patria de Homero, la histórica Esmirna. ¡Qué arranques tan sublimes, qué descripciones tan gráficas, qué aspiraciones al martirio verdaderamente divinas! Conocí á un helenista que la puso en verso, y al leerla quedó horrorizado de su propia versión. Para convertir la apostólica epístola

la en un canto heroico, habría sido necesario borrar tanto, añadir tanto, modificar tanto, que habría dejado de ser lo que quiso su autor que fuera, y no era lícito cambiar.

En la leyenda de Papantzin sí habría podido el poeta cambiar y añadir mucho, sin faltar á la fidelidad ni á su misión. La *tradición* es vaga, y como todas las de esa época, mal zurcida. ¿Qué llanura es esa, qué río es aquél á donde se sintió transportada la princesa? ¿Es el infierno ó el paraíso, los Campos Elíseos ó el Averno? Las osamentas parecen reales; ¿pero qué hacen allí los guerreros con sus panoplias y estandartes?

Esta vaguedad, estas sombras indefinidas, caen bien en las relaciones de los autores citados, ó en algún *ejemplo* ó consejo de un libro devoto. Pero para convertirlas en verdadero poema, era preciso ante todo deslindar los lugares, distinguir la realidad de las figuras, la historia de la profecía. Era indispensable convertir la leyenda azteca, ó mejor dicho hispano-mejicana, en una *Divina Comedia*, ó en el canto sexto de la Eneida. Pero si Dante mismo, ó Virgilio en persona hubieran emprendido semejante tarea ¿habrían por ventura, salido airosos? Era preciso, en primer lugar, dar terminaciones y suavidad latinas á los exóticos nombres aztecas. Era indispensable buscar entre los decadentes aborígenes ó los oscuros descendientes de los futuros conquistadores, alguno á quien



aplicar el *Tu Marcellus eris*. ¡Y estas serían las menores dificultades!

En las demás leyendas mejicanas encontramos los mismos inconvenientes y las mismas bellezas. Hermosos versos por todas partes, que de repente vienen á deslucir vocablos exóticos, que como quiera que midamos, es imposible hacer entrar en la métrica española; asuntos que el vate hace esfuerzos titánicos para que parezcan poéticos, pero que en pocos casos lo consiguen; ideas y sucesos que se pretende elevar hasta lo sublime; pero que para los mejicanos familiarizados con la vida azteca resultan triviales: he aquí lo que hallamos en todas. Juzgue el lector por una que otra cita:

«En Papantzin por su mal,  
Redobla industrioso empeño  
El ya comenzado sueño  
De la privanza real.

«Y tras conservas mejores  
Que con la miel condimenta  
Y cuyo mérito aumenta  
En transparencia y sabores;  
«Queriendo agradar al Rey  
Más y más, con nuevo ardor  
Estudia, y hace licor  
Con el jugo del *maguey*.

«Es cual leche alabastrina  
El líquido fermentado  
Y al débil y desganado  
Fortaleza y medicina.

«Tal fué del *pulque* el invento,  
Y así la historia lo dice  
De la doncella infelice  
Que da materia á mi cuento.

«En una y otra vasija  
Y con aseo y primor  
Puestos dulces y licor  
Sale á llevarlos la hija.

«Partió *Xóchitl* de mañana  
Con ricos traje y pendientes,  
Seguida de sus sirvientes  
Y *Tepenenetl* la anciana.»

No obstante la bella descripción de la prosaica bebida, al leer los anteriores versos vendrán á la imaginación del lector de Méjico, las largas hileras de indias ébrias que *caen* á la cárcel cada mañana, después de haber libado con profusión aquella *leche alabastrina*. Por más que uno haga, verá en alguna de ellas el tipo de *Xóchitl*; no logrará imaginarse revestidos de la majestad real á los caciques de Tlaltelolco, de Tacuba, y otros suburbios ó pueblos de los alrededores de Méjico; y pronuncie como quiera, declarará cojo el verso en que se ingerta á *Tepenenetl*.

Si Roa viviera, me respondería con los versos de «*la Danza de los Indios*»

«Vestigios de otra gente  
Guerrera y poderosa,  
Resto sólo al presente  
De una tribu gloriosa



Que á guisa de relámpago  
Brillaba y se extinguió.

«¿Quién reconoce en ellas

La gracia peregrina  
De las *facciones bellas*  
Con que inflamó Marina  
El noble pecho indómito  
Del gran Conquistador?»

¡Puede ser! . . . . Pero ya he citado los nombres de los críticos y anticuarios ilnstres, que me hicieron perder mis ilusiones acerca de la poesía y de la grandeza azteca. Deseo vivamente equivocarme, en este y en todos los puntos, en que juzgo con menos entusiasmo que de ordinario á mi difunto amigo.



## VI

**P**UEDEN clasificarse entre las *Leyendas*, las *Memorias de un Peregrino* y el *Canto del Ave del Paraíso*? A aquéllas no dió el autor más nombre que *Fragments de un poema inédito*, que nunca se concluyó, ó que, por lo menos, no salió á luz. Más bien que diversos cantos de un mismo poema, son una serie de pensamientos filosóficos en romance endecasílabo, con poca conexión entre sí. Todos respiran profunda tristeza, ajena del carácter de Roa, sobre todo en esa época (1850) en que se hallaba entre los veinte y los treinta años, y en el período de las ilusiones.

«¿Viste morir al entusiasta joven  
Que el orgullo formó de su familia,  
Amado de las ciencias y las artes  
Y en cuyo pecho el patriotismo ardía?  
¿Viste morir la prometida esposa  
De dar su mano ante el altar en vísperas?  
.....